

que ni el agua contra latido, ni las tres lejías, ni la brasa apagada en cocimiento de hojas de naranjo tuvieron efecto ninguno, y que á poco Antonia dió á luz una criatura sana, de tiempo y perfectamente íntegra de miembros y funciones...

Las Vacas creyeron morir de la vergüenza: luchaban entre el deseo de ayudar á la pobre descarriada, conocer al crío, adoptarle, mimarle y hacerle suyo, y el bochorno que experimentaban al ver mancillado el clarísimo apellido de Vaca, raíz y fuente de innumerables obreras que habían engalanado las iglesias de Puebla con cien mil flores de trapo, y los estómagos de los señores obispo, deán y cabildo con cien mil primores culinarios. A Juana Francisca, madre de la actual dinastía, fué á quien dijo el santo señor Becerra aquello que fué tan sonado y tanto aumentó la clientela de las muchachas:

— Juana Francisca, hija, tú no irás al cielo: haces caer á tantas gentes en el feo pecado de la gula, que aunque tu vida sea tan irreprehensible como es, no lograrás sentarte en el coro de los bienaventurados... Y Juana Francisca se reía y excitaba el humor de golosinas de Su Ilustrísima.

Pero pudo más en las Vacas, que al fin eran buenas como el buen pan, la visión de su hermana prófuga, abandonada y solitaria, que su rencor y el bien parecer; y se decidieron á buscar á la pecadora y la llevaron

á su lado con la criatura. Poco había de sobrevivir á estas cosas la parturiente; y cuando no cumplía la cuarentena de rúbrica, murió de no sé qué complicación. Las otras se quedaron con el cargo del niño y siguieron la vida de siempre.

Cuando las Sedeños, Eugenia y Miguel llegaron al cuarto, salió al frente una de las cocineras:

— Favor de no hacer ruido, que acaba de pegar los ojos en este instante; no durmió en toda la noche el angelito y al alba se quedó como una palomita... Mucho gusto en conocer á ustedes; mis hermanas no salen porque en este momento están descansando un poco... Siéntense ustedes... ¿Conque á vivir en esta casa?... Pues para nosotras es mucho gusto; ya se lo habrá dicho á ustedes el señor Sedeño: aquí no hay más que familias pacíficas, gentes serias y honradas que se valen unas á otras y que viven en armonía... ¿Me permiten que eche un ojo á ese cacito que tengo en la lumbre? Es una *cafiroleta* para las Hermanitas de la Caridad.

— Ya ustedes ven, decía la Vaca haciendo un agujero á cada huevo y vertiendo con habilidad las claras en un plato, mientras reconcentraba en otro las yemas... Todo es trabajos; dos años hace, sí, señor, dos años hace que no nos dejan descansar los pesares... Primero fué mi madre-cita, madre de mi señor padre, que cuando se murió fué para nosotros como si nos hubieran arrancado la tela del

alma... Me dirán que la pobrecita de nada servía... Servir, en cuanto á servir, claro que no *trafagueaba* como nosotras; pero allí, sentada en un rinconcito, desde su



sillón de brazos, nos infundía no sé qué actividad, como que nos impulsaba á trabajar y á movernos y á ser buenas... Luego vino mi mamá... El acabóse... Fué como si le hubieran quitado á la máquina la rueda principal... Y al fin, cuando pensábamos que ya Dios nos tenía suficientemente probadas, lo de mi hermana...

Echó en esto las yemas en el almíbar, que al principio como que se encabritó, luego tuvo un momento de estupefacción, y al fin rompió á hervir suavemente, como si fuera su movimiento el respirar de una persona dormida... La muchacha removía el cucharón sin parar, dando y recibiendo respuestas, pues estaba pendiente de todo.

En esto oyeron removerse un cuerpecillo, y tras un poco de pujar un chillido penetrante que subió á los aires denunciando una imperiosa necesidad orgánica, supiera el cielo cuál era.

— Rebeca, ¿estás ahí? gritó de la alcoba una voz de persona mohina.

— Tengo el cazo en la lumbre, tú.

Y echaba en ese instante en la miel el coco que había rallado y que parecía una espumilla nevada.

El mamón acentuaba su malestar, y ya había trocado sus primeros gruñidos en llanto de inmensa pena, cuando se oyeron unos pies descalzos que andaban por el suelo, y una voz cariñosa que decía:

— Ya, ya, ya... ¿Qué tiene el encanto? ¿Quién le hizo enojar?... Cállese, cállese el chiquitito... *Agú, agú...* ¿Qué monada, Mercedes! mira qué pronto se contentó... ¡Ah, qué niño tan bueno! voy á darle su lechita...

Rebeca ajustó un biberón en una botella, la introdujo á la alcoba, y dijo á otra mujer que á la cuenta permanecía echada en la cama:

— Y tú, ¿qué haces? ¿Piensas seguir dormida por una eternidad?

Y la interpelada, con voz blanda y diáfana, respondió:

— Estoy destroncada, Rebe, me duele desde la crin hasta la cola... Figúrate, toda la noche sin pegar los ojos... Yo me quedo otro ratito, hermana.

— Manuela, deja á esa floja de Mercedes y vístete pronto.

Se escuchó mucho fregoteo de carnes, resoplidos como de ballena al aspirar el agua y trajín de persona atareada, juntamente con los tragos del chiquillo, que aplicaba todo el poder de sus bezos contra la botella.

— Pues ya saben ustedes que he tenido tantísimo gusto, y que mis hermanas lo tendrán también muy grande, dijo Rebeca al ver que las visitas se levantaban... En todo lo que les podamos ayudar, ya lo saben, tienen unas pobres servidoras.

— Ahora, dijo Eufrasia, visitaremos á la madrecita, que ya estará levantada.

— ¿Levantada? ¡Si á las tres está en pie! Sigue todas las reglas como cuando estaba en clausura.

Tocaron á una puerta, y una de las sacristanas salmodió:

— ¡Ave María!

La puerta se abrió y salió como heraldo y batidor de la casa un pronunciadísimo perfume de alcanfor, que hacía toser á las gentes.

— Pasen ustedes adelante, gruñó en medio de ridículas reverencias una vieja alta como un castillo, enjuta de carnes, negra de rostro, con la cabeza pasuda y un pañuelo rojo que parecía una cuchillada cruenta é irrestañable, atado no sin donaire de una á otra oreja. El atavío

lo completaban camisa de diversidad con randas, saya listada de blanco y rojo, zapatillas de mahón azul y un puro que sólo se apartaba de la boca de la dueña para que ésta arrojara enormes salivazos que caían en el suelo como pedazos de cascote que se desprendieran del techo.

Luego que la mulatona vió que las visitas estaban acomodadas, cuál en sillita baja, cuál en la cama ó en un sillón de cuero que por allí se miraba, se sentó en una vieja poltrona que parecía tener las entrañas de piedra.

— Yo, vociferó ahogándose, eternamente arruinada: un dolor que me coge desde aquí (y señalaba los cuartos traseros) hasta acá (y mostraba las últimas estribaciones) con *correspondencia* y todo.

— ¿Y qué se ha hecho usted, Pachita?

— El alcanfor, hija, el alcanfor: friegas, lociones, unturas, cuanto tú quieras; pero siempre el alcanfor.

— ¿Y se mejora usted?

— ¿Que si me mejoro? Anoche estaba que, mala la comparación, parecía macho aparejado; ahora ya respiro bien y con toda libertad. ¡Benditos sean Raspail y la madre que le echó al mundo!

— ¿Y qué cosa es Raspail? ¿Es medicina? preguntó la más *atarantada* de las Sedeños.

— Raspail, *mi alma*, respondió la vieja con retintín y cruzando la pierna, no es cosa; es persona, es un señor no sé bien si de Jerusalén ó de Roma ó de la misma España,

que escribió un libro, este libro que ustedes ven, probando que tenemos acá dentro del cuerpo unos animalitos chiquititos, chiquirrititos, que son los que nos causan todas las enfermedades y que sólo se mueren con alcanfor. ¿Será listo el buen señor? Pues con este librito, adiós médicos, adiós boticas y adiós tonterías; desde el constipado hasta la tisis, todo lo puede usted curar con este librito.

— ¿Y la Sor?

— Ya saldrá.

Y como si la hubieran evocado, apareció en el vano de la puerta una monja alta y gruesa, vestida como si estuviera en el interior de su convento. Bella, lo habría sido si no hubiera tenido una nariz pequeña que se divorciaba del resto de la fisonomía. Los ojos eran chicos, pero negros como capulines; las manos delicadas, pequeñas y de buen dibujo; el conjunto de serenidad, de mansedumbre, de perfecta é inalterable paz interior. Saludó á todos haciendo á Miguel una inclinación de cabeza, y se sentó á formar parte del corro.

— ¿Ya se acostumbra la madrecita á nuestro clima?

— Ya no llora tanto como en el tiempo en que llegó.

— ¿Ya encuentra nuestras iglesias tan devotas como las de su tierra?

— Todo me gusta y á todo me voy acostumbrando, respondió la monja á aquel diluvio de preguntas; todo me gusta y sólo echo de menos mi convento, mi vieja casa,

con sus arcos platerescos, con su fuente murmuradora, con sus celdas grandonas, con su iglesia historiada y con su órgano asmático. Mi casa, mi casa de Santa Mónica es lo que yo ansío... Anoche soñé que aplicaba la boca á la cráticula que teníamos allá para comulgar, y que otra monja, vieja y gorda, se me echaba encima para captar la hostia; pero al fin nuestro Capellán, el pobrecito señor Rojas Vértiz, hallaba mi lengua y me ponía una forma fresca, dulce, suave, que me alimentaba y me hacía vivir... Y hoy por la mañana que fui á la Concordia, acordándome de aquella comunión inefable, dentro de mi casa, con mis compañeras, con todo el ardor de quien se figuraba que no había más vida que aquélla, lloré al recibir al Señor... Que Él sea alabado.

— ¿Fué expulsada la madre de algún convento de Puebla? interrogó Miguel.

— No, señor, del convento de Santa Mónica, de Guadalupe, respondió la monja.

— ¿Y cómo vino hasta Puebla?

— Con todos los trabajos del mundo; confiándome á un excelente villano que me puso acá en un mes cabal de correr en mula la mitad de la República... Yo pensaba que aquello no tenía fin; pero afortunadamente lo tuvo. ¡Quién había de creer que el mundo fuera tan grande y tan bello, y que los hombres le habían de poner en tan triste estado! ¡Pobre de mí!

Pasaron de allí al cuarto de los hijos de la viuda, como se llamaba al cuchitril en donde vivía Antonia Ramírez, y no porque tuvieran nada que ver con la masonería ó sus adeptos, sino porque la pobre tenía nueve hijos, «varones todos, todos varones» como dijo el poeta macarrón-



nico. Y lo peor era que no tenía más trazas de salir de su situación que Satanás de abandonar el infierno, pues Rudesindo, el hijo mayor de Antonia, que era un excelente artesano, había dado en beber y no era posible hacer carrera con él.

Y habrían ido á la habitación de las planchadoras, á la de la China Catarina, á la barraca de canasteros del corral y á todas partes, si no hubiera dado las doce

la campana gorda de la catedral y se hubiera oído la vocecilla cascada de Sedeño que subía agobiado gritando á voz en cuello:

— Vamos á comer, que Rafaelito trae por aquí noticias nuevecitas.

Dos Sedeños se habían desglosado á tiempo del grupo, y tenían ya sobre la mesa limpia y decorosa unos manteles blanquísimos, y sobre los manteles una fila de platos de excelente caldo con su repollo, sus trozos de jamón y demás cortejo de estilo.

— No se quite el sombrero, Rafaelito, que va á hacerle daño.

Venía sudando.

— Estoy bien, amigo mío, insistió el otro, que era de buen cuerpo, pelo castaño, blanco de rostro, bien agestado, ojos negros y movimientos fáciles. Se le habría podido llamar un buen mozo si no hubiera sido por cierto tinte clerical que se notaba en todas sus acciones y movimientos. Si ponderaba, movía las manos como si fuera á decir *dominus vobiscum*; si dirigía la palabra á alguna persona, parecía ordenarle: *orate, fratres*; si contaba un chiste ó hacía una demostración, se le veían los movimientos de quien ocupa la sagrada cátedra en día sonado. Tirso Rafael Córdova era michoacano, había llegado á Puebla con el obispo Labastida, y ahora estaba en días de recibirse de abogado ó ya lo era.

— Conque sí, Rafaelito, dijo la Sedeño mayor, suelte usted por esa boca el diluvio de novedades que se trae.

— Pero antes, Eustasia, permítame que salude á este caballero y á su señora.

Miguel y el moreliano se hicieron randibús, y como el matrimonio quisiera marcharse á la vista de la pitanza, don Bernabé se puso fosco.

— ¿Qué es esto? Aquí nadie se va sin mi permiso. ¡A sentarse, que yo mando!... Y, sobre todo, hay que oír á Tirso Rafael, que trae primores.

— Pues, señor, susurró el licenciadete, han de saber ustedes que los puros se han metido aquí como ratones *correteados*. Han nombrado gobernador á Tapia, y diz que van á defender á Puebla... Acaba de salir un bando que es un primor; le firman Tapia y su secretario, el poetastro Joaquín Téllez, y empieza por declarar en estado de sitio á Puebla y á cualquier otro lugar que ocupen el enemigo extranjero ó los traidores; dispone que luego que suene un cañonazo de aviso ó la campana mayor de la catedral, se presenten todos los mexicanos de 16 á 60 años, en las plazas Principal, del Carmen, San Agustín, La Compañía y San José; declara que se hará una resistencia numantina y que pueden salir los que lo deseen, pues aquí sólo se necesitan leales patriotas, buenos y dignos ciudadanos... Es lo principal.

— ¿Y usted lo cree...? Yo, como si fuera un cuento de las Mil y una noches.

— Algo habrá, dijo Córdova, algo habrá; necesitan hacer la desecha y no es posible que permanezcan con las manos cruzadas.

— Quizás ni eso, Rafael, quizás ni eso; susurró Sedeño, tratando de alzar el párpado paralítico.

Cuando acabó la comida, Miguel fué á presentarse al comandante general.

